

ISSN: 1139-0107

---

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

16/2013

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## RECENSIONES

Emilio Majuelo Gil, *La idea de historia en Arturo Campión*, Donostia, Eusko  
Ikaskuntza, 2011  
(Francisco Javier Caspistegui)



Universidad  
de Navarra

---

Emilio Majuelo Gil, *La idea de historia en Arturo Campión*, Donostia, Eusko Ikaskuntza, 2011. 295 pp. ISBN: 9788484192206. Edición on-line (<http://www.eusko-ikaskuntza.org/es/publicaciones/coleccion/monografias/eusko/publicacion.php?o=20755>).

Agradecimientos, p. 5. **1. Con Campión**, p. 7. 1.1. ¿Por qué Campión?, p. 7; 1.2. «Quien a los dieciocho no es republicano no tiene corazón», p. 16; 1.3. Una hoja de ruta: Consideraciones acerca de la cuestión foral..., p. 27; 1.4. La forja de un intelectual, p. 44; 1.5. Entre la cultura vasca y europea, p. 53; 1.6. El intenso círculo de las amistades, p. 74; 1.7. En el entorno de los núcleos de producción cultural, p. 89; 1.8. Frente a la cuestión social, el militarismo y el caciquismo, p. 102; 1.9. Bajo el foco de las controversias, p. 114; 1.10. El postrer reconocimiento, p. 129. **2. De Campión**. 2.1. Un investigador cauteloso, p. 135; 2.2. En la estela intelectual de su tiempo, p. 152; 2.3. El temor a Leviatán, p. 164; 2.4. Del retrato de Víctor Hugo a la empatía con Hippolyte Taine, p. 175; 2.5. A las puertas de Clío, p. 189; 2.6. Ante la historiografía española, p. 212; 2.7. En la saga de los historiadores navarros, p. 223; 2.8. La consumación de un proyecto historiográfico, p. 239. **3. Índice onomástico**, p. 273. **4. Siglas utilizadas**, p. 285. **5. Bibliografía**, p. 287. Bibliographic Section, p. 295.

Si algo se puede afirmar de Arturo Campión, el escritor, historiador, filólogo... humanista navarro es que su fama supera con creces el conocimiento que de él se tiene. Sujeto y objeto de controversias ideológicas y rara vez académicas, el tiempo y las circunstancias en que vivió hicieron de él un personaje de su propia época y, como señala el autor de la monografía que comentamos, alguien a quien la reivindicación le llegó cuando su obra había quedado superada. Pese a la considerable fama de la que gozó en vida (positiva y negativa), su persona y escritos apenas habían recibido atención hasta los años finales del siglo XX, cuando se editaron quince volúmenes de sus *Obras completas* entre 1983 y 1985 (Pamplona, Mintzoa), o se publicó la monografía de José Javier López Antón (*Arturo Campión entre la historia y la cultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998). A ello hay que añadir varios artículos de Vicente Huici Urmeneta (1981), José Javier Granja Pascual (1985, 1988 y el folleto de 1993), Elías Amézaga (1989), José Javier López Antón (1998) o Joxemiel Bidador (2006), entre otras referencias).

En cualquier caso, parece escaso bagaje para quien desarrolló una labor tan intensa y concienzuda a caballo entre los siglos XIX y XX, «uno de los titanes de la cultura vasca antes de la guerra civil» (p. 7), indica el profesor Majuelo, que afronta en el libro que comentamos la tarea de reivindicar la labor historiográfica del prolífico escritor pamplonés mediante su inserción en su tiempo, en las corrientes del pensamiento histórico en boga durante su vida activa como escri-

tor. Para comenzar destaca su componente público, «fue persona de combate» (p. 13), afirma de él. Eso le llevó a contender con quienes mostraban ya no poco aprecio, sino desdén hacia la personalidad como pueblo de los vascos. Y es que de las páginas comentadas surge con fuerza la figura de un nacionalista, de «un patriota vasco» (p. 18), cuyo objetivo primordial fue defender la personalidad histórica y la continuidad temporal de un pueblo frente a las amenazas y desafíos de sus contradictores. Buena parte de este convencimiento surgió del estudio detallado, primero de la lengua vasca, considerada como el pilar fundamental sobre el que se construía la nación y, posteriormente, de su historia. En este sentido es preciso conectar la elaboración de su pensamiento historiográfico con el contexto sobre el que su inquietud hacia el pasado se sustentó. Fue a partir de 1876, tras la derrota carlista y la supresión de los fueros, cuando los interrogantes sobre la patria perdida, encarnada en el sistema foral, le condujeron a la reflexión en torno al pasado durante el resto de su vida. Aunque en su familia había antecedentes carlistas, él no abrazó esa opción política, y osciló entre varias organizaciones, dependiendo de que se adecuaran a su idea de fondo.

A esta base entre personal e ideológica cabe añadir su preocupación metodológica, la ambición erudita con la que afrontó sus investigaciones, tanto en lo que respecta a su preocupación por mantenerse informado de las novedades bibliográficas europeas, como a la necesidad de respaldar en fuentes documentales sometidas a crítica profunda, las hipótesis que se lanzaran. Buena parte del libro de Emilio Majuelo se centra en esta última parte, mostrando las conexiones intelectuales con el mundo germánico, las profundas lecturas de Herder o Humboldt, y el amplio conocimiento de la cultura francesa, por sí misma y como mediadora del mundo alemán. Además, destaca el entramado de conexiones con su entorno intelectual más cercano, aquel que compartía su visión global, lo que no le impidió rivalizar, a veces de forma agria — como en la polémica sobre Amaiur, en 1920 —, con otras posiciones que rivalizaban con esa visión global.

Pero a partir de aquí me gustaría plantear algunas dudas. Por una parte, las que hacen referencia a la influencia de sus acendradas convicciones religiosas, que el autor recuerda en varias ocasiones, aunque se las sitúa después de una etapa republicana-liberal. Sin embargo, no queda claro cuándo se produjo el cambio que hizo que a los 31 años ya fuera un «católico dogmático» (p. 176), cómo y por qué tuvo lugar, qué le llevó a él, cómo se construyó el seguidor ortodoxo del papa al que hace referencia en diversos momentos. Llama la atención, por añadidura, que en ningún momento se mencionen las fuentes de dicho pensamiento, tan constante como su adscripción nacional, ni siquiera las repercusiones del mismo en su práctica histórica. Se hace referencia, por ejemplo, al rechazo de las teorías evolucionistas a partir de su convicción religiosa. Y sin embargo no aparece reflejada la influencia de esas creencias ya no en la metodología histórica (de la que se dice en varias ocasiones que no resultan incompatibles), sino en el fondo de su pensamiento y en la traducción historiográfica del

## RECENSIONES

mismo. De hecho, bien pudiera ser que a Campión se le comprendiese como un tradicionalista, aunque eso no implicara la canalización de este pensamiento hacia la opción política carlista. Campión se mostró antiliberal prácticamente toda su vida, salvo algunos momentos juveniles («Quien a los dieciocho no es republicano no tiene corazón»), rechazaba la herencia ilustrada (p. 141), el jacobinismo revolucionario, el centralismo uniformizador y destructor de las particularidades, el estado Leviatán (p. 156), fue antipartidista (p. 55) y crítico con las transformaciones sociales, nostálgico de un mundo que desaparecía y que se sublimaba en el ruralismo, la familia y la tradición (p. 136). Lo resumía con claridad al afirmar su compromiso en defensa «de los grandes ideales de este Reino: la integridad de la Fe católica y las instituciones forales» (p. 76). De hecho, al hablar de realistas y carlistas los hizo antecesores de sus propias convicciones pues, «imitando a sus antecesores, remaron briosos contra la corriente... Pusieron en movimiento la enorme fuerza centrífuga ingénita de la raza» (p. 244), manifestaron la continuidad esencial, «fueron, involuntaria e inconscientemente, precursores de los nacionalistas de hogaño» (p. 244). En definitiva, me da la impresión de que compartía mucho más con el universo tradicionalista que con el liberal, aunque esta cosmovisión no se acomodara bien a ninguna fuerza política concreta. Incluso algunas de sus referencias francesas estaban más cerca de los primeros pensadores del tradicionalismo francés como De Maistre o Bonald, cuyos ecos también resuenan en algunos de los textos que se citan (por ejemplo, cuando criticó el naturalismo, señalaba: «no estará, a buen seguro, lejano el día en que caiga fuego del cielo sobre una sociedad, que es ya cadáver putrefacto y pestilente», p. 188), o tocaban más de cerca premisas que luego conformaron el mundo de la *Action française* (Taine, Fustel de Coulanges). Tal vez sea una interpretación algo extrema, porque Campión difícilmente puede ser considerado próximo a dicho movimiento, pero considero que hay elementos suficientes para sustentar que de la misma manera que uno de los pilares de su pensamiento fue la fe religiosa, también lo fue la fe nacionalista. Y esa combinación acercaba más a Campión a un genérico mundo tradicionalista que a cualquier forma de liberalismo, siquiera conservador.

Tampoco acabo de ver con claridad la figura de Campión como adelantado en diversos ámbitos historiográficos, en parte porque su forma de hacer historia dependió considerablemente del ambiente metódico de su tiempo, de la precisión documental que se esgrimió como un mantra tanto por galos como por germanos, que lo convirtieron en el argumento sobre el que sustentar la fundamentación científica de la nación. Había sentimiento patrio en los autores alemanes que se citan, pero también lo hubo, y más intenso, entre aquellos que unas décadas después apoyaron decididamente la creación del primer Reich alemán, como Treitschke. «Experimenté la pasión de la exactitud documental, del pormenor exacto e ignorado», dijo el pamplonés al aproximarse al poema de Annelier (p. 72). La diferencia primordial es el grado de implicación institucio-

nal, muy limitada y de ámbito local en Campión, de alcance estatal y medios abundantes en los principales referentes franco-alemanes. Tal vez cabría que nos preguntásemos qué significaba ser historiador en el medio siglo que dividió 1900, incluso si el propio Campión se sintió historiador o incluso cómo lo vieron quienes le leían. ¿Asumían los historiadores de su tiempo que su trabajo no era imparcial ni neutral? Muy difícilmente, pero en cambio sí lo hacían quienes se dedicaban a la literatura, en una época de extendido naturalismo. En este sentido tal vez hubiera sido interesante describir el proceso de construcción de su fama pública, la trayectoria de sus escritos, los argumentos por los cuales se le insertó en unos ámbitos y no en otros. Por qué, en definitiva, apenas se le consideró en su tiempo historiador y cómo esta imagen requiere aun hoy ser reivindicada.

Tal vez tenga que ver todo ello con otras razones. Así, afirma el autor que el inicial interés de Campión por el euskera surgió como reacción frente al menosprecio de diversos autores europeos hacia la lengua vasca (p. 153). Por otro lado, cuando el profesor Majuelo argumenta contra aquellas críticas que consideran a Campión como superficial y epidérmico, aporta una razón sustancial para hacerles frente: la dispersión de sus intereses mantendría el vínculo de una perspectiva global de la civilización vasca. Pero el problema es que, siendo absolutamente cierta esta afirmación, valoraríamos el trabajo de Campión no por las novedades o aportes metodológicos, sino por la idea de fondo que los articula. Los años de trabajo del autor pamplonés fueron los de mayor empeño en el uso de argumentos históricos como fundamento nacional, y los ejemplos se repiten a lo largo de todo el mundo occidental (Lavisser bien pudo compartir la capacidad de la historia como instrumento creador de conciencia patriótica que proponía Campión hacia 1910), y en todos ellos, como ha señalado con acierto Stefan Berger, la historia fue un instrumento para un objetivo que iba mucho más allá de la entonces naciente disciplina. La cuestión es que de esas iniciativas salió una mejora sustancial de la actividad historiográfica, a la que en el siglo XX se buscó despojar de aderezos, sobre todo desde 1945, cuando quedaron patentes los extremos a que algunos radicalismos nacionalistas podían conducir. Campión formó parte de ese mundo y compartió muchas de esas ideas, pero difícilmente se pueden considerar sus intuiciones un adelanto de propuestas sociales, culturales o económicas que solo muy avanzado el siglo XX comenzaron a cuajar en el mundo occidental.

También llama la atención la ausencia de influencias españolas – más allá de su círculo más inmediato – en su pensamiento, pese a que conocía lo que se realizaba, como reflejan los intentos de responder a Cánovas, las similitudes con Fidel Fita, los contactos con los pioneros de la arqueología, especialmente catalanes, o las menciones a renovadores como Rafael Altamira. Se habla de la oposición al modo de historiar de la Real Academia de la Historia, de la que Campión formó parte como correspondiente desde 1892, y de su rechazo al extendi-

## RECENSIONES

do goticismo que arraigaba al menos desde el padre Mariana y fue refrendado en las obras canónicas del propio siglo XIX, como la de Lafuente. Y pese a todo ello, no da la impresión de que hubiera autores que le reportaran nada más que reacciones contrarias.

Una última consideración es la que me lleva a preguntarme por la ausencia de algunos libros entre la bibliografía que utiliza Emilio Majuelo, como el de Iñaki Iriarte, *Tramas de identidad*, en el que Campi3n ocupa un lugar preeminente, o incluso el largo cap3tulo que Antonio Elorza dedic3 a «Los or3genes del nacionalismo vasco en Navarra (en el centenario de la Asociaci3n Euskara)», en su libro *Ideolog3as del nacionalismo vasco*; tambi3n el de Santiago Leon3, tan 3til en lo relativo al fuerismo, para el propio Campi3n y su mundo, e incluso para un referente del escritor pamplon3s como el padre Moret. Tambi3n estaba justificado el uso del excelente trabajo de Fernando Molina sobre la consideraci3n de lo vasco a partir de 1876 (*La tierra del martirio espa3ol*), dado que este punto de inflexi3n result3 crucial en el propio Campi3n, o los de Emilo Quintanilla sobre la Comisi3n de Monumentos e Idoia Estorn3s sobre la historia de *Eusko Ikaskuntza*.

En cualquier caso, estamos ante un libro revelador, asentado sobre m3ltiples lecturas y fruto de una concienzuda revisi3n no solo de la literatura sobre y de Campi3n, sino tambi3n de sus propios papeles y correspondencia, lo que a3ade valor a una obra que habr3 de incluirse sin falta entre las que estudian una figura tan controvertida y polifac3tica como la de Arturo Campi3n, y que esperemos que sea solo una primera parte de una reflexi3n m3s amplia en torno a su figura.

Emilio Majuelo Gil es profesor titular de la Universidad P3blica de Navarra desde 1995. Entre sus principales investigaciones destaca la historia social de la Navarra contempor3nea, con especial insistencia en el per3odo republicano. Entre sus libros destacan *La IIª Rep3blica en Navarra. Conflictividad agraria en la Ribera Tudelana (1931-1933)* (1986), *Luchas de clases en Navarra (1931-1936)* (1989), *Del sindicalismo cat3lico agrario al cooperativismo empresarial. 75 a3os de la Federaci3n Navarra de Cooperativas (1910-1985)* (con Angel Pascual Bonis, 1991), *Tratamiento did3ctico de las fuentes hist3ricas*. (con Mª Esther Guibert Navaz, 1998), *Historia del sindicato LAB. Langile Abertzaleen Batzordeak (1975-2000)* (2000), o *La generaci3n del sacrificio. Ricardo Zabalza 1898-1940* (2008).

Francisco Javier Caspistegui  
Universidad de Navarra